



# *Terremotos, tormentas y catástrofes en las crónicas y los relatos de viaje al Nuevo Mundo<sup>1</sup>*

Blanca López de Mariscal

Tecnológico de Monterrey

Los relatos de viaje son una fuente riquísima de información, tanto sobre las regiones y las culturas de las que los viajeros narradores son testigos, como del imaginario del que los mismos viajeros son portadores. A lo largo de su recorrido, los viajeros de los siglos XVI y XVII describen constantemente su asombro por las características de los espacios que van encontrando a su paso; los ríos de enormes dimensiones en ocasiones caudalosos y de muy difícil navegación como el río Marañón, las enormes montañas, los volcanes, los desfiladeros y los pasos «difíciles de tomar», las variaciones en el clima, las tormentas amenazadoras y fenómenos naturales como terremotos, inundaciones o avalanchas son algunos de los elementos de la naturaleza del Nuevo Mundo que maravillan a los narradores y sobre los que nos dan una riquísima información. En este trabajo me interesan en particular cierto tipo de pasajes contenidos al interior de la crónica, o el relato de viaje, en los que el autor narra hechos relacionados con fenómenos naturales catastróficos que afectan al viajero y al desarrollo del viaje mismo. La narración de estos sucesos es una práctica que tiene sus orígenes en la tradición medieval, ya que, como apunta Pedro Cátedra en un artículo titulado «Los orígenes de las epístolas de relación»: «... los historiadores de todos los países utilizaron en sus crónicas, anales o historias relatos particularizados de acontecimientos importantes»<sup>2</sup>. El cronista, o el viajero narrador, estaba acostumbrado a encontrar relaciones de

sucesos, relativamente aislables, con los que se daba cuenta de fenómenos particulares que de alguna manera estaban destinados a provocar el asombro de sus destinatarios, ya fuera porque el suceso en cuestión enaltecía el valor del emisor al situarlo en situaciones de peligro, ya porque, con la narración del suceso se magnificaban las características de las tierras recientemente descubiertas o pobladas. Introducir este tipo de relación en el cuerpo del relato responde también a un principio de utilidad, ya que a partir de la exaltación del carácter esforzado, valeroso y sacrificado del remitente y a su visión providencialista de la historia, se perseguía conseguir el reconocimiento del monarca o del grupo al que el texto estaba dirigido.

## Huracanes y tormentas

Sin embargo, esta información no se queda exclusivamente a nivel referencial, ya que la percepción del suceso es, en muchos de los casos, un elemento que lo matiza y que en ocasiones llega a modificarlo. Por ejemplo, siempre me ha llamado la atención la bonanza que acompañó a las tres carabelas del primer viaje colombino aún y cuando la primera incursión de los europeos en aguas americanas se realizó en un período del año en que, hoy día, tiene lugar la temporada de huracanes<sup>3</sup>. Parecería que la narración de la travesía colombina contenida en el *Diario de a Bordo* responde más a la descripción de un viaje utópico que a la de uno real. A lo largo del primer viaje, y a pesar de estar en temporada de ciclones, Colón navega siempre mares en calma, y no es sino hasta su regreso, cuando se aproximaba a las Azores, que el Almirante encuentra olas «espantables, contraria una de otra, que cruzaban y embarazaban el navío...»<sup>4</sup>. De tal forma que el jueves 21 de febrero, después de pasar esa «espantable» tormenta, llega a decir que:

... en las Indias navegó todo aquel invierno sin surgir, e había siempre buenos tiempos y que una sola hora no vido la mar que no se pudiese bien navegar [...], siempre halló los aires y la mar con gran templanza. Concluyendo, dice el Almirante que bien dijeron los sacros teólogos y los sabios filósofos que el Paraíso Terrenal está en el fin de Oriente, porque es lugar temperadísimo. Así que aquellas tierras que agora él había descubierto es -dice él- el fin del Oriente.<sup>5</sup>

Sin embargo, la utopía no se sostiene por siempre, y a medida que las experiencias se acumulan el Almirante es más realista al reportar las amenazas climáticas a las que se enfrenta, de tal forma que en la carta a los Reyes Católicos, en la que relata el cuarto viaje, encontramos la primera descripción de una tormenta tropical en aguas del Nuevo Mundo. Desde el momento de su llegada a la Dominica reporta que: «Esa noche que allí entré fue con tormenta grande y me persiguió después siempre...»<sup>6</sup>. Parece existir un importante movimiento de transición que va de la descripción de un viaje utópico hacia el

relato de un viaje real. En el texto se percibe a un almirante mucho más preocupado por sus hombres que por el resultado de la travesía; seguramente la presencia entre la tripulación de su hijo Hernando, quien a la temprana edad de trece años acompaña al padre en el cuarto viaje, le obliga a desarrollar una sensibilidad especial con respecto a los hombres que lo acompañaban. Por ello, el 12 de septiembre reporta:

Ochenta y ocho días avía que no me avía dexado espantable tormenta, a tanto que no vide el sol ni estrellas por mar; que a los navíos tenía yo abiertos, a las velas rotas, y perdidas anclas y xarcia, cables con las barcas y muchos bastimentos, la gente muy enferma y todos contritos y muchos con promesa de religión, y no ninguno sin otros votos y romerías. Muchas vezes avían llegado a se confessar los unos a los otros. Otras tormentas se han visto, mas no durar tanto ni con tanto espanto. Muchos esmoreçieron, harto y hartas vezes, que teníamos por esforzados.<sup>7</sup>

Este tipo de temporales, tan comunes en los mares de Centro y Norteamérica, serán descritos una y otra vez por cronistas y viajeros al Nuevo Mundo. Uno de los primeros en describir un huracán en las costas del Caribe es Álvar Núñez Cabeza de Vaca, en el primer capítulo de sus *Naufragios*. Cabeza de Vaca era el tesorero que llevaba en su armada el gobernador Pánfilo de Narváez. Habían partido de San Lúcar de Barrameda el 17 de junio de 1527 y llegaron, como muchas de las otras flotas, primero a la isla de Santo Domingo y posteriormente a Santiago de Cuba, en donde un vecino de la villa de la Trinidad ofreció darles algunos bastimentos. Por tal motivo, Narváez envió a Cabeza de Vaca y a un capitán Pantoja para que «trujesen los bastimentos». Una vez que llegaron al puerto de la Trinidad se desataron fuertes vientos:

... el agua y la tempestad comenzó a crecer tanto que no menos tormenta había en el pueblo que en la mar, porque todas las casas y iglesias se cayeron, y era necesario que anduviésemos siete u ocho hombres abrazados unos con otros para podernos amparar que el viento no nos llevase; y andando entre los árboles, no menos temor teníamos de ellos que de las casas porque como ellos también caían, no nos matasen de bajo.<sup>8</sup>

Afortunadamente Núñez y Pantoja habían desembarcado, gracias a lo cual lograron sobrevivir y dar relación del momento en que el huracán toca tierra, además de una interesantísima alusión a las prácticas que los indígenas seguramente destinaban para alejar el peligro: «oímos toda la noche [...] mucho estruendo y grande ruido de voces y gran sonido de cascabeles y de flautas y

tamboriles y otros instrumentos, que duraron hasta la mañana, que la tormenta cesó»<sup>9</sup>. Los miembros de la tripulación que quedaron en el barco corrieron peor suerte, ya que los que habían desembarcado no encontraron rastro del navío: sólo «hayamos -dice el narrador- la barquilla de un navío puesta sobre unos árboles, y a diez leguas de ahí, por la costa se hallaron dos personas de mi navío [...] tan desfiguradas de los golpes de las peñas que no se podían conocer»<sup>10</sup>. La barca sobre la copa de un árbol y los cuerpos destrozados a más de diez leguas de la costa nos remiten a escenas propias de la novelística latinoamericana. Concretamente estoy pensando en el lenguaje hiperbólico tan propio del realismo mágico de Gabriel García Márquez. Pero las escenas que hoy día presenciemos gracias a la televisión después de que un huracán de gran magnitud azota las costas de nuestras tierras parecen remitirnos a esas primeras descripciones de un grupo de españoles atrapados en una tormenta de gran magnitud. Las escenas que Cabeza de Vaca describe una vez que ha pasado el huracán resultan también de dimensiones apocalípticas, no muy distantes de lo que las costas americanas viven hoy en día:

La tierra quedó tal que era gran lástima verla: caídos los árboles, quemados los montes, todos sin hojas ni hierba. Así pasamos hasta cinco días del mes de noviembre, que llegó el gobernador con sus cuatro navíos [...]. La gente que en ellos traía y la que ahí halló estaban tan atemorizados de lo pasado, que temían mucho tornarse a embarcar en invierno...<sup>11</sup>

Seguramente habrá causado un enorme impacto al narrador europeo la forma como la exuberante vegetación tropical había sido devastada por los fuertes vientos. Los árboles arrancados de cuajo, raíces totalmente expuestas que alcanzan alturas similares a las del árbol mismo, mientras que el resto de la vegetación deshidratada muestra sus ramas deshojadas y presenta una coloración mortecina.

No es extraño encontrarnos con que después de la larga travesía y ya casi para llegar a las costas del Golfo de México las embarcaciones se enfrenten a vientos que les impiden atracar. Más de uno de los viajeros narradores describe cómo, a pesar de estar ya muy cerca de San Juan de Ulúa, una fuerte tormenta con vientos del norte obligaba a las embarcaciones a regresar mar adentro, para evitar así ser azotados contra la costa. De hecho eso fue lo que sucedió, en el mes de enero de 1556, a la flota en la que viajaba un comerciante inglés, John Field, y su sirviente Robert Tomson<sup>12</sup>: «Estando ya tan cerca del puerto, sobrevino de la tierra de la Florida una tormenta de vientos nortes que nos obligó hacernos de nuevo a la mar por temor de ser aquella noche arrojados a la costa, antes que amaneciese»<sup>13</sup>. Siete de las ocho embarcaciones que formaban el convoy estuvieron luchando contra el mal tiempo e intentando sobrevivir durante los diez días que duró la tempestad:

Como la tempestad durase diez días con tal furia de terribles vientos, neblinas y lluvias, y nuestro casco

fuese viejo y endeble, trabajó tanto que se abrió por la popa, a una braza bajo el agua. El mejor remedio que discurrimos fue atajarla con colchones y almohadas; y por temor de hundirnos alejamos y echamos al mar cuantas cosas teníamos o podíamos haber a las manos; pero nada aprovechó. Entonces cortamos el árbol mayor y botamos al agua toda la artillería.<sup>14</sup>

Las acciones desesperadas de la tripulación, como deshacerse de todo el matalotaje, cortar el mástil mayor o echar por la borda la mayor parte de la artillería pesada, no impiden que nuestro narrador inglés tenga en todo momento presente su fe y constantemente invoque a Dios cuando se siente inmerso en el mayor peligro. No es extraño encontrar a lo largo de la descripción de la tormenta fórmulas como «quiso Dios», «pedimos por amor de Dios» o «encomendamos nuestras almas a Dios Todopoderoso». La visión providencialista de la historia propia de la herencia medieval, que el viajero al Nuevo Mundo lleva como parte de su horizonte de expectativas, se hace patente en los momentos de mayor peligro, y así como en la narración de Cabeza de Vaca los indígenas conjuran el peligro mediante ruidos de voces e instrumentos de percusión, la tripulación española, con la que viaja Tomson, aprovecha la presencia de las luces de San Telmo para ponerse de rodillas y rogar a Dios y al santo que los libre del peligro:

Recuerdo que en lo más fuerte de aquél temporal, apareció de noche en el tope del mástil y aparejo mayor una lucecita, muy parecida a la de una vela, que los españoles llaman campo santo, y decían era San Telmo, a quien tiene por patrono de los navegantes. Viéndola los españoles se pusieron de rodillas y la adoraron, rogando a Dios y a San Telmo que cesase la tormenta [...]. Los frailes echaban reliquias al mar para que se sosegase, y así mismo decían evangelios con otras bendiciones al mar para que cesase la tormenta...<sup>15</sup>

Tomson es luterano; más tarde, en la Nueva España, se verá sometido a un juicio inquisitorial por sus creencias religiosas<sup>16</sup>, por lo que para interpretar este texto es necesario tomar en cuenta el contexto cultural del que procede el narrador. En primer lugar, sabemos que es creyente por el uso de fórmulas como «quiso Dios», etc., constantemente presentes en su discurso. Sin embargo nos damos cuenta de que no comparte el fervor de los españoles por la intercesión de los santos y menos aún, la creencia en manifestaciones milagrosas. Más bien busca dar a su destinatario una explicación científica. Por eso es que al lector contemporáneo le asombra la escena en la cual encontramos que, en medio de la tormenta que está azotando la embarcación, Tomson se detiene a observar el fenómeno natural:

La luz duró en nuestro barco unas tres horas, pasando de un mástil a otro, y de uno a otro tope, y solía vérsese en dos o tres partes a un tiempo. Después pregunté a algunos hombres sabios qué clase de luz era aquella, y me dijeron que no era más que una congelación del viento y vapores del mar, congelados por el rigor del tiempo...<sup>17</sup>

Toda la descripción de la tormenta es un buen ejemplo de la forma como los viajeros al Nuevo Mundo conviven tanto con la herencia medieval como con el espíritu renacentista. Tomson, quien constantemente invoca a la divinidad, busca a los fenómenos naturales explicaciones científicas. Por eso acude a los conocedores, para poder explicar a sus lectores los fenómenos naturales que va encontrando en las tierras que recorre.

No solamente en el Golfo de México y en el Caribe las costas se ven amenazadas por la furia del mar. También en el Océano Pacífico tenemos relaciones de catástrofes naturales que azotan a los habitantes. Uno de los relatos más interesantes a este respecto es el que nos ha legado Fray Diego de Ocaña<sup>18</sup>.

En el viaje narrado, Fray Diego de Ocaña parte del convento de Guadalupe en Extremadura en 1599 con destino a América, en donde permanecerá hasta su muerte en 1608. El viaje tiene la finalidad de recabar limosnas entre los devotos de la virgen, y de asegurarse de que esas limosnas lleguen a la península. En su viaje, Ocaña recorre prácticamente todo el territorio comprendido entre Centro y Sudamérica, desembarca en Portobelo y desde allí inicia un largo periplo que lo llevará a Panamá, Lima, Coquimbo en Chile, Potosí, Chuquisaca (Sucre), Chuquiapo (La Paz), Arequipa, Cusco, Lima, hasta que finalmente embarca hacia la Nueva España, donde muere.

Aunque Ocaña no describe tempestades marítimas, porque su viaje se realiza predominantemente por tierra, sí nos informa de lo penosa que resulta la navegación en el mar del sur:

Esta navegación de Panamá a Lima es penosísima y muy enfadosa porque de continuo vienen los navíos contra el viento, virando a la mar y a la tierra, dando vueltas a la una parte y a la otra, siempre a la bolina y el navío tan trastornado que nos podíamos tener en pie sólo asidos a unas guascas y cables.<sup>19</sup>

Sorprende al viajero no sólo la forma tan diferente de navegar cuando el navío se enfrenta a nuevos vientos y nuevas corrientes, sino también la mudanza del cielo, cuando al pasar la línea equinoccial pierden de vista «el norte y algunas otras estrellas conocidas de España»<sup>20</sup>. La narración de Ocaña resulta de sumo

interés en los espacios en los que retoma la descripción de terremotos, algunos de ellos acompañados de actividad volcánica, otros de grandes marejadas. En la ciudad de Ica lo sorprende un movimiento sísmico de enorme magnitud:

Sucedió en este tiempo, en estos reinos, un temblor tan grande de tierra, que no se ha visto cosa semejante, porque quedaron muchos pueblos del todo asolados y puestos por el suelo...<sup>21</sup>

Por la descripción del fraile jerónimo podemos inferir que el epicentro se encontró en alta mar, ya que el relato se centra en la descripción de una enorme ola marítima que arrasó con una gran cantidad de poblados a lo largo de la costa chilena, llegando hasta el pueblo de Cañete, a veinte leguas de Lima.

Este mismo día y a la propia hora, salió la mar de sus límites, y de improviso cubrió todo el puerto del pueblo de Arica y no dio lugar a más de que la gente, corriendo y muy aprisa, se retirase; y así cubrió todas las casas e iglesias, y al retirarse a su madre se llevó tras sí todo el pueblo, de manera que lo barrió, de suerte que parece no haber habido en aquel sitio pueblo ninguno.<sup>22</sup>

Según la descripción de Ocaña, el golpe de mar cubre hasta seiscientas leguas, arrasando puertos como Pisco, el pueblo de Arica y el de Cañete, ya mencionado, de tal forma que se pierden todas las construcciones y las cosechas, obligando a los habitantes a reconstruir los pueblos en espacios más altos y más seguros. Todo indica que lo que el autor describe es un fenómeno muy similar a los *tsunamis* que llegan a ocurrir en los países con costas en el Pacífico.

Son muy comunes también las relaciones en que se describen «espantables terremotos». En ellas encontramos lo mismo avalanchas que terremotos o emisiones volcánicas, tanto de lava como de cenizas. El relato de uno de ellos, el terremoto que destruyó la antigua ciudad de Guatemala en el año de 1541, apareció publicada en uno de los primeros impresos que circularon en la Nueva España bajo el título de *Relación del espantable terremoto que agora nuevamente ha acontecido en la ciudad de Guatimala...*<sup>23</sup> Se trata de un texto editado en cuatro fojas en cuarto, con letra gótica, en los talleres de Juan Cromberger. En él se narra, con intenciones edificantes, la forma en que, como resultado de una gran tormenta, se rompió una de las paredes del volcán de Agua, antiguamente Hunalpú, que alberga un enorme lago en su cráter inerte.

En este punto es importante aclarar que en el siglo XVI no existe la misma categorización de las catástrofes naturales que en nuestro tiempo. Por tal motivo no es extraño encontrarnos con que el desastre que asoló a la ciudad de

Guatemala sea calificado como un «terremoto», aún cuando en el cuerpo de la narración queda claro que fue una tormenta de gran magnitud la que venció las paredes del volcán, causando una avalancha de piedras y lodo que sepultó la ciudad<sup>24</sup>. La catástrofe guatemalteca fue en su momento ampliamente reseñada e incluida en relaciones como en los *Memoriales* de Fray Toribio de Benavente Motolinía; en la *Historia general y natural de las Indias*, de Fernández de Oviedo; en los *Anales de los cakchiqueles*; en la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo; y en la *Monarquía indiana* de Torquemada, entre otras. Todas estas obras destacan la magnitud y el carácter intempestivo del suceso:

Hera tanta el agua que arrancaua las casas y enteras las llevaba gran trecho. Murieron muchos españoles, en algunas casas marido y mujer e hijos y todos los indios criados y esclavos [...] algunos que perecieron fueros sepultados, otros nunca aparecieron bibos ni muertos; de otras casas unos escaparon y otros morían dellos que los tomaban las casas debajo, otros, llevándolos el agua, yvan a parar encima de otras casas, o que se hacían de algunos árboles, o de algunos maderos, y la tormenta los hechaua fuera de la ciudad. [...] Toda la ciudad llena de piedras y arena y de cieno a partes de una lanza de alto.<sup>25</sup>

La narración de esta catástrofe que, como podemos inferir por la cita anterior, dejó a su paso incontables muertes, se repite una y otra vez en diferentes crónicas debido a que tanto para el autor de la relación del suceso, como para los cronistas que la retoman, tiene todos los elementos necesarios para considerarla, ya como un evento ejemplar: «para que todos nos enmendemos de nuestros pecados y estemos apercebidos para cuando Dios fuere servido nos llamar»; ya como un castigo enviado por Dios con la finalidad de enmendar la debilidad de Doña Beatriz de la Cueva, viuda del Adelantado Pedro de Alvarado. Los sobrevivientes culpan a Doña Beatriz de la desgracia, debido a que por aquellos días, en que se acababa de enterar de la muerte de su marido, estaba sumida en un duelo en el que se negaba a aceptar la voluntad divina, de tal manera que en casi todas las narraciones se la presenta increpando a Dios y llevando a cabo prácticas con las que daba muestras visibles de su inconformidad:

El castigo que hizo Dios en casa de aquella señora fue espantoso porque el sentimiento que por su marido hizo fue muy demasiado [...] respondía y dijo muchas veces que ya no tenía Dios ni más mal que le hacer. Hizo teñir toda su casa de negro de dentro y de fuera, y hacía y decía cosas que ponía a espanto a los oyentes.<sup>26</sup>



Sin embargo, para todos estos cronistas, la avalancha que arrasó con la casa del Adelantado no fue solamente un castigo para Doña Beatriz, ya que alcanzó a toda la ciudad de Guatemala «que era la señora y la fortaleza de toda aquella gobernación». A tal grado quedó la ciudad devastada que parecería que, a partir de la visión providencialista de los narradores, «fue azotada y desamparada de Dios y dejada de los hombres sus moradas y hecha desierto, llena de cieno y piedras»<sup>27</sup>.

Torquemada va mucho más allá que el resto de los cronistas al considerar que debido al comportamiento de los pobladores, «aquel azote que Dios allí dio es una recordación y enseñamiento con que a todos nos avisa que estemos apercebidos y velando porque no sabemos a qué hora nos llamará»<sup>28</sup>.

La historia del «espantable terremoto» se convierte así en una narración edificante, mediante la cual se pretende mover, a los destinatarios de la misma, a la contrición de sus pecados. A medida que va pasando de boca en boca, o que va siendo reelaborada por los diferentes emisores que la retoman, se van adhiriendo a ella elementos fantásticos que potencian su carácter ejemplar. En la relación anónima, publicada en el año cuarenta y uno, aparece una vaca embravecida<sup>29</sup> que impide el paso a quienes pretenden auxiliar a los posibles sobrevivientes: «y es de creer que era el diablo» apunta el narrador<sup>30</sup>. En otras de las relaciones aparece también un negro misterioso del que aseguraron desapareció «corriendo por el agua y el lodo, y afirmaba este español que no podía ser otro que el demonio»<sup>31</sup>. De este modo, la catástrofe natural funciona como un texto catártico, como en muchos otros casos.

Aunque los textos en los que se describen catástrofes naturales se multiplican en las crónicas de indias y en los relatos de viaje al Nuevo Mundo, deseo referirme a un último fenómeno narrado por Fray Diego de Ocaña en su recorrido por América del Sur. Se trata de una erupción volcánica de enorme magnitud que tuvo lugar en la ciudad de Arequipa, provincia del Perú «con la reventazón de un volcán que reventó a diecinueve de febrero del año de 1600». Ocaña no fue testigo presencial de la erupción, pero a su paso por la ciudad, tres años después de que se diera el fenómeno, el 24 de julio de 1603, decidió entrar en ella «solo para ver y saber lo que había sucedido». Ocaña escribe su relación en el convento de San Francisco, y a partir de los testimonios que le ofrecen los sobrevivientes, entre los que se destaca a un Sebastián de Mosqueda, contador de la hacienda real:

... y así, lo que hasta aquí he escrito es como en efecto pasó. Sea Dios bendito que tan gran castigo envió sobre esta ciudad, tomando por instrumento una cosa tan leve como es un poco de ceniza; pero ésta fue tanta que durará toda la vida.<sup>32</sup>

Una vez más nos encontramos con que el narrador introduce el texto debido a su carácter ejemplar. En él, la catástrofe es interpretada como un castigo

divino destinado o, a cambiar la conducta de los habitantes de la tierra, o a hacerles presente su inminente fin y la forma sorpresiva e inesperada en que este se puede presentar. Tal vez es por ese mismo motivo que no se escatima en la descripción del fenómeno natural, de tal forma que el destinatario del texto recibe información detallada tanto del suceso como de las consecuencias del mismo.

Primeramente, viernes, que se contaron 18 de febrero del dicho año de 1600, comenzaron a las siete horas de la noche algunos temblores de tierra, con tanta frecuencia que casi se alcanzaban unos a otros, aunque aquella noche no hicieron daño en los edificios [...] Y el sábado siguiente arreciaron los temblores de la tierra, con tanta furia, fuerza y violencia y tan a menudo, que [...] jamás el suelo dejaba de estar alterado y temblando con continuo movimiento [...] dando con esto Dios nuestro señor aviso a la gente para que se comenzasen a percibir para el mayor daño que después vino.<sup>33</sup>

El autor utiliza sus dotes de narrador al ir dosificando la información, de tal manera que lo que inicia con «algunos temblores de tierra» y una especie de fascinación de los habitantes, poco a poco se desencadena en una serie de escenas dantescas de devastación y muerte de una gran parte de los seres vivos en muchos kilómetros a la redonda:

... había sido un pedazo de cordillera, que había reventado, el cual arrojó de sí tanta ceniza que por todo el Perú se tendió, comenzó pues en Arequipa a llover una arena un poco gruesa, como la que hay en las playas de la mar excepto que ésta no era redonda sino pedacitos partidos de piedra pómez, como purificados por fuego, muy blanca y sequísima, y entre ella alguna margarita resplandeciente y plateada y alguna ceniza entre ella. Y la gente, viendo llover aquello lo cogían y envolvían en papelitos para guardar y enviar por curiosidad a otras partes; y fuese tanto aumentando el llover ceniza y con tanta abundancia, que en poco espacio cubrió los tejados y suelo y campos más de media vara en alto, y se les caían las casas y los techos con el grandísimo peso, y la que envolvían en papelitos para enviar a otras partes, la llevó el viento hasta México, y en Sonsonate dañó la fruta del cacao, que aquel año se perdió toda.<sup>34</sup>

Esta larga cita nos permite observar cómo se va gradando la información,

para pasar de lo que en un principio mantenía a los habitantes en un estado de asombro o maravilla a uno de horror: entre la ceniza encontraban margaritas resplandecientes y plateadas, pero es esa misma ceniza la que es acarreada por el viento hasta el sur de México y la que muy pronto se convierte en un amenaza para todos los seres que habitan en los alrededores.

La narración de la devastación y la muerte es escalofriante: los lectores poco a poco van presenciando cómo se anegan los ríos, cómo se cubren de ceniza los caminos y los mantos acuíferos, cómo se queman las plantas y mueren los animales, y cómo llegan solo a sobrevivir aquellos seres humanos que encuentran refugios suficientemente fuertes para aguantar el peso de las emisiones del nuevo volcán. Por su parte, las descripciones del cielo pasan de la lluvia de fuego que hizo pensar a «todos que era el fin del mundo por el fuego grande y globos que el volcán arrojaba»<sup>35</sup>, hasta la más profunda oscuridad provocada por las cenizas que flotaban en el aire. De tal manera que una de las más prosperas ciudades que habían surgido en el Perú se convierte, a causa del fenómeno natural, en la ciudad fantasma que Ocaña describe en su visita de 1603.

## Conclusión

Como podemos ver a lo largo de toda esta revisión, para los viajeros y los pobladores europeos del Nuevo Mundo los desastres naturales representaron tanto un motivo para maravillarse como ocasión para mover al destinatario del relato a la compasión y el terror. Muchos de los fenómenos de los que los narradores son testigos les resultaban completamente desconocidos en Europa, ya fuera por sus características, como los huracanes y los *tsunamis*, ya por la magnitud y la frecuencia con la que se presentaban, como las erupciones volcánicas y los terremotos. Destaca en muchos de los casos la naturaleza supersticiosa o providencialista de la recepción de los sucesos, que lógicamente se deja ver en la manera como éstos son aprovechados para mover a los lectores al arrepentimiento de sus pecados. Muchas de las cavilaciones se conectan por lo tanto con una reflexión sobre la fragilidad del ser humano, la vida eterna y el juicio final, o se explican como manifestaciones prodigiosas de la voluntad divina. Algo que no debemos perder de vista es que en todos los casos se trataba de relatos que tuvieron vida propia en la tradición oral, en la que se iban enriqueciendo de boca en boca, y que posteriormente pasan a ser consignados de forma escrita, gracias a la cual las narraciones de estos sucesos han llegado hasta nuestros días.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

